

FLORO, UN OLVIDADO MAESTRO DE RETORICA DE LA ESPAÑA ROMANA

En la historia de la educación española en particular y en la historiografía española en general, se suele olvidar el fragmento de Floro, que presentamos, creemos que por primera vez, traducido al castellano. La razón de este olvido radica tal vez en lo relativamente reciente del hallazgo, en su poca divulgación, en lo breve del texto, y en el título acaso, que fácilmente despista.

El fragmento del diálogo *Vergilius orator an poeta*, que está contenido en el *codex Bruxellensis 10615-10729* del siglo XII, fue hallado por Th. Dehler y editado por primera vez por Ritschl en *Rhein. Mus.* I, en el año 1842. Luego han aparecido algunas correcciones o estudios, casi siempre en la misma revista o en otras de la misma procedencia. Hasta que O. Rosebach lo edita en su conocida edición teubneriana de Floro en 1896; y más recientemente M. Malcovati en una edición de *Scriptores Graeci et Latini*, de 1936.

Los recopiladores de fuentes españolas conocen y citan al historiador Floro, pero son siempre pasajes escogidos del libro conocido generalmente con el nombre de *Epítome*, que en forma muy peculiar —las guerras con los pueblos hispánicos, por ejemplo, son seguidos con un interés marcadamente españolista— trata la historia romana desde Rómulo hasta Augusto como la de un imperio universal con cuatro edades. Y acerca de su autor, su origen y época, atraídos por esa singular adhesión por la hispánica, tejan las más variadas hipótesis.

En el extenso prólogo de la versión de J. Eloy Díaz Jiménez¹, el castizo traductor acumula errores sobre la fecha y lugar de su nacimiento, como también sobre atribución de obras, los cuales podrían

¹ Biblioteca Clásica, t. 84, Madrid, 1885.

explicarse, por razones de fecha, en la edición de 1885, cuando apenas se conocía el fragmento *Vergilius orator an poeta*, pero no en la edición de 1904, y menos en la reedición, que se hizo más recientemente en nuestro país².

Pues bien, desde Díaz Jiménez hasta nuestros días, sigue en el tapete de los estudiosos españoles la cuestión de su nacimiento y de su nacionalidad. Para aquél, es españolísimo por el "cúmulo de vicios y virtudes literarias peculiares a los escritores paganos de nuestra patria". Para Amador de los Ríos, en *Historia crítica de la literatura española*, tomo I, pág. 188, Madrid, 1861, es "cordobés de la familia de los Séneca". Para Sánchez Alonso, en *Historia de la historiografía Española*, tomo I, pág. 24, Madrid, 1941, "si el hombre fue español, el historiador fue, sin duda, romano". criterio que comparte Víctor Alba, en *La concepción historiográfica de Lucio Anneo Floro*, pág. 134, Madrid, 1953, aunque, agrega, "el hombre pesa sobre el historiador". En *España y el mundo*, Madrid, 1947, el mismo Sánchez Alonso sostiene esta posición: que probablemente no nació en España, sino en África, como sostenían ya algunos, aun antes de los datos del Fragmento retórico, pero que tampoco puede considerársele español, por cuanto relata las victorias del imperalismo romano sobre España con el mismo regocijo con que refiere las obtenidas sobre cualquier otro pueblo. En *De Rebus Hispaniac II*, pág. 63, Edit. Gredos, Madrid, 1949, Valentín García Yebra afirma: "Carecemos por completo de datos biográficos relativos a P. Anio Floro". Finalmente, en 1953, en la citada tesis de Víctor Alba, se vuelve a insistir, en distintas oportunidades, que es español de nacimiento. La nota 521, en que declara que "está por completo fuera de nuestro propósito estudiar el problema de la patria y atribuciones de Floro", termina así: "No cabe duda —y en ello está toda la investigación actual— que Floro es un escritor de la provincia Bética, contemporáneo de Adriano. Lo más probable es que, como se ha afirmado tradicionalmente, L. Anneo Floro sea cordobés, de la familia de Séneca. Su vehemente hispanismo, su estrecha vinculación literaria a la tradición senequista y a la Farsalia, lo dejan entrever así, aparte de su patronímico *Lucius Annaeus*".

Evidente desconcierto y curiosa alternativa. Primero, rotunda afirmación de su espíritu y nacimiento hispánicos; luego, dudas o

² Colecc. Austral. Buenos Aires, 1952.

negación sobre una de las dos o sobre ambas cosas y aun afirmación de total ignorancia, para volver sobre la primera creencia.

Sin embargo, probada la identidad del autor del *Epítome* y del *Vergilius orator an poeta*³, con la sola lectura del Fragmento se verá que se debe partir la tesis, es "el máximo hispanista de toda la literatura latina", que dice Víctor Alba en el final del capítulo "España en Floro", pero no es español de nacimiento, sino nacido en África. Su hispanismo no se debe a su origen, ni a su exaltado espíritu retórico panegerista, evidenciado también con otros pueblos, ni a una determinada concepción senequista de la historia, sino a su grande y extraño amor por el clima, la naturaleza, la ciudad, la gente que lo acogió. No es español por nacimiento, sino por amor y por adopción.

Nació pues en África, en la segunda mitad del siglo I de Cristo, entre el año 70 y el 80. Siendo niño ("puer"), participó en un certamen poético bajo el emperador Domiciano, en el decenio que va del año 86, de los *Ludi Capitolini*, al 96, el de la muerte del emperador. Éste, pese a la aclamación popular, lo despojó de la corona merecida, por razones localistas. Descorazonado, se dio a un largo peregrinaje, por mar y tierra, hasta llegar a España, a Tarragona, en que se afincó y funda una escuela de retórica. No se nombra la ciudad, pero por las claras referencias de "civitas ipsa generosissimis auspiciis instituta, nam praeter Caesaris vexilla, quae portat, triumphos, unde nomen accepit...", se trata sin duda de la "Colonia Iulia victrix", o sea Tarragona, junto al Mediterráneo, entre Barcelona y la desembocadura del Ebro.

³ La identificación de L. Annaeus Florus, autor del *Epítome*, con P. Annii Florus, autor del fragmento *Vergilius orator an poeta*, es conocida por V. Alba y sostenida concluyentemente por autores que éste cita en la nota 521 y en la bibliografía general, a la que se debe agregar: H. MALCOVATI (*Athenaeum*, N.S. XV, 1937, y *L. Annaei Flori, Quae exstant*, Roma, 1938); O. ROSSBACH (*P. W., R. E.* VI, 2761); F. MARX (*P. W., R. E.* I, 2239 y *Suppl.* I, 84); L. LAURENTI (*Riv. di Fil.* XX, 1892) y SABBADINI, (*Riv. di Fil.* III, 1897). Sostienen asimismo la identificación de este historiador-retórico, a) con el poeta Annii Florus, del que Charisius (p. 66, 10 y p. 157, 21, Barwick, Lipsiae, 1925) transmite dos fragmentos de cartas al emperador Adriano, b) con el poeta Floro, que, según Espartiano (Hadrian, 16, 3 en *Scriptor. Hist. August.* ed. E. Hohl, I, Lipsiae, 1955), intercambia versos con Adriano, y c) con el poeta Floro, del que se conservan nueve poesías en la *Anthologia Latina*.

Allí nace su españolismo, no en forma inmediata y repentina, sino gradual y lentamente, a lo largo de cinco años, a medida que conoce a la gente y es conocido, usando del "filtro de amor, sin drogas ni yerbas, ni embrujamiento alguno", que enseña el gran español Séneca a su discípulo Lucilio (Ep. 9), y que sintetiza así: "si quieres ser amado, ama".

Allí, en un templo —hoy se conservan restos de un templo corintio— o en el retiro de su jardín (según las variantes del discutido "capienti" del código), se encuentra con un grupo de peregrinos béticos, que, por el año 106, regresaban de presenciar en Roma el grandioso triunfo del emperador Trajano, por la conquista de la Dacia. ¡Cómo no van a ir los españoles a presenciar el triunfo del emperador compatriota y de sus soldados españoles! Se entabla un curioso diálogo, verdadera biografía de Floro, ahora ignorado, en aquel entonces celebrado y popular poeta, reconocido de inmediato por uno de los peregrinos, que es culto lector, asiduo viajero —ha ido a Roma en por lo menos dos festividades—, y patriota enamorado tanto de Roma como de Bética —ambos amores van siempre unidos en los hispano-romanos—. Recuerda con dolor el despojo de que le hiciera objeto el emperador, narra su posterior peregrinaje de varios años, hasta radicarse en Tarragona. De esta provincia canta loas, por las que los españoles deberían gloriarse. Se esfuerza en dar razón de su permanencia en una provincia, oscura a los ojos del peregrino bético, indigna del talento y de los méritos del poeta.

Esta veneración por su nueva patria, Tarragona, el mismo poeta apenas puede comprenderla. Por eso acumula tantas razones. No es resentimiento contra el emperador, que lo ha despojado del título, y que ha muerto hace ya diez años. No es sólo cansancio físico y moral. Tiene tan solo de veinte a treinta años de edad. Es fundamentalmente predilecto por este lugar, al que llega en parte por azar ("taedio maris") y en parte por placer ("placuit"), después de recorrer Italia, Sicilia, Creta, Rodas, las Cícladas, la costa egipcia, la costa azul del sur de Francia. ¡He recorrido mundo y qué lugares! Se compara con el infatigable viajero de la mitología, Triptolemo, que tantas veces habrá enseñado en su escuela.

Hagamos un examen, enumerando los motivos de esta predilección, tan difícil de explicar ("nihil difficilius"). 1) Herida no

curada de la injusticia con él cometida ("vulnus dolorum"). 2) Un innegable cansancio, reiteradamente expresado, tras más de cinco años de largos viajes. El poeta no es de naturaleza inclinada a los viajes. Por eso, muchos años después, escribirá a Adriano, el emperador viajero: "Ego nolo Caesar esse, / ambulare per Britannos, / (latitare per Germanos), / Scythicas pati pruinas" (Spart. *Hadrian*, 16.3). 3) Sigue una razón de orden psicológico, que llama "consuetudo" y "familiaritas", que es cosa fuerte ("res fortis"), más para el hombre tímido que él es ("verecunde", "varie perturbatus"). 4) Tarragona es una ciudad ideal para el descanso ("ad quietem... gratissima"), aunque al peregrino bético le disguste su aire de provincia ("provincialem latebram"). Adriano, siendo emperador, pasó allí todo un invierno (Spart. *Hadrian*, 12.3). 5) La gente del lugar es buena, sobria, pacífica, hospitalaria: incluso los que serán sus jóvenes alumnos. Años después, es verdad, alguien atentará contra la vida de Adriano; pero éste, viendo su locura, lo entregará a los médicos (Spart. *Hadrian*, 12.5). 6) El clima es templado, primaveral. 7) La fertilidad de la campiña, y en especial de las colinas, le da un marco, que los turistas aún ahora admiran. Paseando Adriano por uno de estos jardines ("viridiaria"), fue atacado por el esclavo enfurecido que hemos dicho. 8) Los viñedos rivalizan con los de Italia. Lo mismo dicen de los vinos de Tarragona Marcial (13.118) y Silio Itálico (3.370). Floro parece sentir especial debilidad por el vino, a juzgar por los versos con que Adriano contesta los del poeta, arriba transcriptos: "Ego nolo Florus esse, / ambulare per tabernas, / latitare per popinas, / culices pati rutundos" (Spart. *Hadrian*, 16.16), y porque dos de sus nueve poesías, de la *Anthologia Latina*, están dedicadas a ensalzar a Baco. ¿Y algún motivo amoroso en esta predilección de Floro, ya que el culto de Baco va unido al de Venus? Entre sus poesías hay una dedicada a la inconstancia del amor, y dos, extraños y acerbos dardos contra la mujer, que podrían hacer pensar en una gran desilusión amorosa, pero en el fragmento que traducimos, no se vislumbra nada de eso. 9) Los nobilísimos orígenes de la ciudad, el patrocinio del emperador Augusto, a quien Tiberio elevó un templo, que luego Adriano restauró. 10) La peregrina nobleza de la misma, cuyos hijos educará y formará en su escuela. 11) Los antiguos monumentos, y cita el templo de Júpiter, sobreentendiendo los

demás: anfiteatro, termas, acueductos, cuyas ruinas se conservan. 12) Nuestra costa del mar Mediterráneo —nótese el posesivo “*nostrum*”— tan atractiva, que Júpiter mismo olvidará por ella a la raptada virgen tiria. 13) Por último, su escuela de Retórica, que tanto le repugna al principio, como luego lo entusiasmará.

También sorprende este entusiasmo, por ser conocidos y numerosos los testimonios sobre el origen y condición del docente en la antigüedad romana. De la misma manera que la población no lo cautivó, sino después de largo trato (“*familiaritate continua civitas nobis ipsa blanditur*” y “*tarde quidem sed iudicio hospitalem*”), así también su profesión de maestro de retórica, abrazada al principio por necesidad de sustento, considerada por él y por su visitante como “*rem indignissimam*”, le cautiva, aunque después de cinco años de tedio, de manera tal que la llamará “*pulchrum atque magnificum officium*” y la pondrá por sobre todos los honores y dignidades, entonándole las loas más exaltadas de toda la literatura latina, que nos permiten, sin embargo, este panorama objetivo. Enseñanza colectiva, bien remunerada, socialmente jerarquizada, privada, no estatal, no media sino superior, de retórica y no de gramática, en local apropiado con su imponente cátedra, con jóvenes de hasta diez y siete años, nobles, buenos, con un método que consiste a) en la enseñanza de las buenas costumbres —primacía de la formación moral— y en el estudio de los autores consagrados, b) en dictar cursos que formen el estilo y la mente, según el ideal que por esos años exponía en Roma el español Quintiliano, y c) en excitar los sentimientos mediante sentencias y ejemplos tomados de la literatura o de la historia romana ⁴.

Los libros del *Epítome*, que parecieran escritos en estas circunstancias por este maestro de Retórica con el propósito de exaltar el valor romano en general y el hispánico en especial, tienen ahora un sentido claro, distinto. Muchos de sus versos también.

El fragmento es precioso por ello, por los datos biográficos, por esas dos exaltadas alabanzas de lo hispánico y de su profesión de maestro y también por el suspenso en que nos deja.

⁴ El fragmento termina con estos términos: “*exemplis Ro. . .*”, que Ritschl completa así: “*exemplis Romanae eloquentiae*”, y Rotsbach: “*exemplis Romanae historiae*”.

¿Qué hizo después? No sabemos. El texto es lamentablemente breve y trunco. Pero tan fácilmente no debe de haber dejado esa ciudad y esa profesión tan elogiadas. Tal vez cediera ante la invitación del viajero bético y se trasladara a Bética, tanto más adelantada y atractiva, a Itálica, por ejemplo, imponente ciudad, a juzgar por sus ruinas, patria de Trajano y seguramente de Adriano, donde pudo comenzar la gran amistad y familiaridad con éste; si no fue más tardía y comenzó años después, en Tarragona, en aquel invierno que hemos citado. Lo que no es dudoso, es que cedió a la invitación del emperador, a quien acompaña en sus famosos viajes y con quien intercambia versos y cartas. Y tal vez —esto sí, no podrá saberse nunca con seguridad —escribió el poema anónimo *Pervigilium Veneris*, que algunos le atribuyen, escrito en el mismo inusual metro popular, que emplea Floro y que fue abandonado en toda la época clásica. Tal vez con motivo de la ascensión al Etna, que realiza Adriano en el año 123, acompañado del poeta, que rompe un largo silencio poético, impresionado por el espectáculo, por la primavera naciente, por las ceremonias a la muy Siciliana diosa de la primavera, la Venus Erycina. O con motivo de la inauguración del colosal templo de Venus y Roma; o como ilustración poética de alguna decoración pictórica, de la que era muy ilustrado y afecto el culto emperador, ya que el poema no parece condecir con una celebración oficial.

Mucho queda en el misterio, pero mucho nos ha dicho en estas pocas páginas, que a continuación traducimos, siguiendo el texto de H. Malcovati, excepto en el “capienti” (I, 1), que con Rossbach sustituimos por “latenti”, y en “toto” (III, 3), que sustituimos por el “totum” del códice.

ALFREDO SCHROEDER

APENDICE

“VIRGILIO, ORADOR O POETA”

Escondido en mi retiro y mientras recreaba mi mente rendida de vigilia con la amenidad de los inencontrables árboles, con la frescura de los estanques y al aire libre, de súbito se me aparecieron ciertos peregrinos, que regresando a Bética de las fiestas de Roma a causa del viento contrario del África se extraviaron hasta estas costas.

Uno de ellos, muy erudito en letras, como lo demostró después, se me acercó de improviso y “salve, huésped, dijo, si no importuno, ¿cuál es tu nombre? Pues algo extraño me dicen mis ojos, y, como a través de nieblas, creo reconocerte”. “¿Y qué? contesté; ves a Floro, quizás hayas oído de él, si has asistido al famoso certamen en aquella reunión de todos los pueblos bajo el emperador Domiciano”.

“¿Eres tú, insiste el bético, aquel del África, que proclamamos con general consenso?, pero que el Emperador desconoció, no porque viera con malos ojos que fueras tan joven sino para que el África no alcanzase la corona del gran Júpiter”.

Al ver que yo asentía tímidamente a sus palabras, se me entrega en un abrazo, y “abrazo —dice— a un admirador tuyo”. “¿Cómo negarme a ello,” y abrazados estrechamente cimentábamos una nascente amistad.

Tras breve silencio me preguntó, ¿cómo es posible estés tanto tiempo en esta provincia y no te llegues a nuestra Bética ni vuelvas a la urbe aquella donde tus versos son cantados por los lectores y donde aquel brillantísimo triunfo de Dacia llenó de júbilo todo el Foro? ¿Cómo puedes sobrellevar con tu ingenio y tus singulares dotes esta oscura vida de provincia? ¿Nada te conmueve el amor por Roma, aquel pueblo vencedor de naciones, y nada su senado? ¿Nada te dice en fin la luz y el esplendor del feliz imperio, que atrae y convierte hacia sí la mirada de los hombres y de los dioses todos?”.

Yo, distinta y profundamente turbado, “¿qué quieres que responda?, oh tú, quienquiera seas. A mí mismo me suele parecer inexplicable esto de vivir fuera de Roma; pero nada hay más difícil que dar explicación a tus preguntas. Por lo tanto, deja de rasgar la herida de mis dolores, renovando los recuerdos de mi pasado. Séales propicia la gran urbe y gocen de ella, aquellos a quienes la fortuna lo permite. En lo que a mí toca, desde aquel día, del que fuiste testigo, luego que vi arrebatármese de las manos y de mi cabeza la corona, con todo el corazón, con toda el alma me aparté y huí de aquella ciudad; y tan herido y consternado he quedado de aquel dolor, que, olvidado aun de mi patria y de mis padres muy queridos, cual ladrón voy vagando por aquí y por allá por apartadas regiones”.

“¿Qué lugares y qué regiones has recorrido?” —me pide entonces el peregrino. “Si así te complace en que te entretenga, expondré cuan brevemente me sea posible, mi pasado, y no será de mal grado que lo recordaré. Primeramente visité la noble Sicilia, el terruño de Ceres; luego la fecunda Creta, la patria del Tonante, al tiempo que saludé de pasada las Cieladas vecinas. De allí fue Rodas quien me recibió y de regreso la costa egipcia, de modo que vi las bocas del Nilo y un pueblo siempre recogido en los templos de la diosa Isis, agitando los sistros. De ahí regresé nuevamente a Italia. Cansado del mar, deseoso de paisajes terrestres, siguiendo los Alpes galenses, recorro los pueblos ateridos con el aquilón. Luego me atrajo el poniente: tuerzo pues la ruta. Pero inmediatamente me cautivaron los famosos Pirineos, émulos de los Alpes, por su impresionante aspecto, su altura y sus nieves. Ya ves, amigo, qué espacios del cielo he recorrido, qué mares y qué tierras. Si se me permite comparar grandes cosas con pequeñas, no recorrí más tierras, por Hércules, con su vuelo aquel a quien la madre Tierra le había colmado el amplio vestido con frutos de la tierra; y habiendo ella misma uncido al carro la alada serpiente, le prohibió que regresara hasta haber recorrido todo el orbe.

Séame permitido descansar por fin de mis fatigas en este lugar. Si fuese Escita ya habría desatado los carros: sí, piloto errante, la proa de mi nave ya colgaría consagrada a la diosa del mar. Mas yo ¿hasta cuándo andaré errante? ¿O seré siempre un peregrino? Hasta las fieras se proveen de guarida y las aves envejecen en sus nidos. Si los hados me niegan a Roma como patria, séame al menos concedido el permanecer aquí. ¿Qué extraño! Es que la costumbre es una cosa fuerte. Y he aquí que por una prolongada familiaridad, este mismo pueblo me cautiva, pueblo que, si quieres creerme a mí que he conocido a tantos, es el más agradable de todos los que se busquen para el sosiego. Huésped amigo, aquí tienes gente buena, sobria, pacífica, tardía pero conscientemente hospitalaria. Un clima extraordinariamente templado modera los cambios de estaciones, y todas las estaciones del año parecen primavera. La tierra fértil de la campiña, y especialmente de las colinas —pues rivaliza con los viñedos de Italia y se asemeja a sus sembrados— no brilla rojiza en los otoños tardíos. Y si esto interesa, la ciudad misma ha sido colocada bajo auspicios nobilísimos: pues además de los estandartes de César, que enarbola, y de los triunfos que le dieron el nombre, hay también una nueva nobleza. Si se buscan templos antiguos, aquí se venera aquel raptor cornífero que, llevando la virgen tiria a través de todos los mares, retozó a sus anchas, y aquí la dejó e hizo alto. Olvidado de pronto de aquella que llevaba consigo, se enamoró de nuestra costa”.

Al tomar yo aquí un breve respiro, el peregrino de la Bética interrumpe: “¡Oh dichosa la ciudad, que vino a dar contigo, rendido de fatiga! Ahora bien ¿cómo te trata y qué haces aquí? ¿De dónde sacas tu sustento? ¿O desde África te sostiene tu padre?” “Desde allí, de ninguna manera, puesto que lo he disgustado con este peregrinaje mismo. En cuanto a mis entradas, ejerzo la enseñanza de las letras”. “¡Oh cosa indignísima! ¿Y

cómo soportas con ánimo paciente eso de sentarse en las escuelas y enseñar a los niños?" De este modo respondí a esta pregunta: "no me admiro de que tú estés imbuído ahora del mismo convencimiento del que lo estuve yo otrora. Todo lo que, en efecto, hice en este quinquenio, me llenó de fastidio por esta profesión, de tal modo que no creí pudiera existir en parte alguna hombre más miserable. Pero luego, al volver a considerar y comparar mi suerte con la fortuna de otros y con las demás ocupaciones de la vida, aprecié por fin la belleza de la labor que emprendí. Es necesario pues que ahora sepas que ningún salario, ninguna dignidad, ni honor alguno, es estimado como lo es éste de mi profesión. En efecto, si el más alto capitán me entregase la cepa, esto es, la dirección de cien hombres, nada mediocre me parecería el honor recibido, más aun si la prefectura o el tribunado; pues bien, la dignidad es la misma, a no ser que una mayor retribución. Por consiguiente, si la Fortuna, no el César, me impuso este sitio, para que instruyese a niños libres y nobles, ¿no crees que he obtenido un oficio hermoso y magnífico? Considera más de cerca, te ruego, si es más honroso mandar sobre seres militares que sobre juveniles pretextos, sobre pechos bárbaros y fieros o sobre tiernos e inocentes corazones. ¡Oh buen Dios! ¡Qué regia e imperial dignidad es sentarse en un estrado e impartir desde allí la enseñanza de las buenas costumbres y el estudio de los autores consagrados, o bien dictar poesías con que se educa la lengua y el corazón, o bien despertar los sentimientos con las distintas sentencias y ejemplos de la historia romana...